



Westmoreland en el Congreso: 200.000 hombres más para aplastar al enemigo. Sus declaraciones, que ya se consideran históricas, han confirmado a Westy como el hombre

EL 29 de abril, Westmoreland presentaba ante el Congreso de los Estados Unidos el balance de la guerra del Vietnam. Pese a las cifras «optimistas», el general convertido en prócsul terminaba de un modo que no lo era tanto, declarando que el actual cuerpo de expedición americano no está en condiciones de ganar la guerra, y que para llegar al aplastamiento del enemigo se precisarían doscientos mil hombres más que los 430.000 actualmente en efectivo. Estas declaraciones, que ya se consideran históricas, dieron como resultado la confirmación de Westy como el hombre fuerte del Sudeste asiático, y casi podría de-

cirse que como el hombre clave de la política americana actual.

Hasta hace unos meses se hablaba casi exclusivamente de su actuación en Vietnam como trampolín para saltar a la presidencia de los Estados Unidos. Hoy, se presente o no a las elecciones, su figura ha adquirido una amplia dimensión por sí misma. Cuando el general Ky declaraba en Saigón que se presentaría como candidato a las elecciones presidenciales vietnamitas del primero de septiembre, su argumento de mayor peso era el tener a Westy de su parte. Para los miembros de la junta militar, la garantía de Westmoreland es más fuerte que la del propio presidente de los Es-

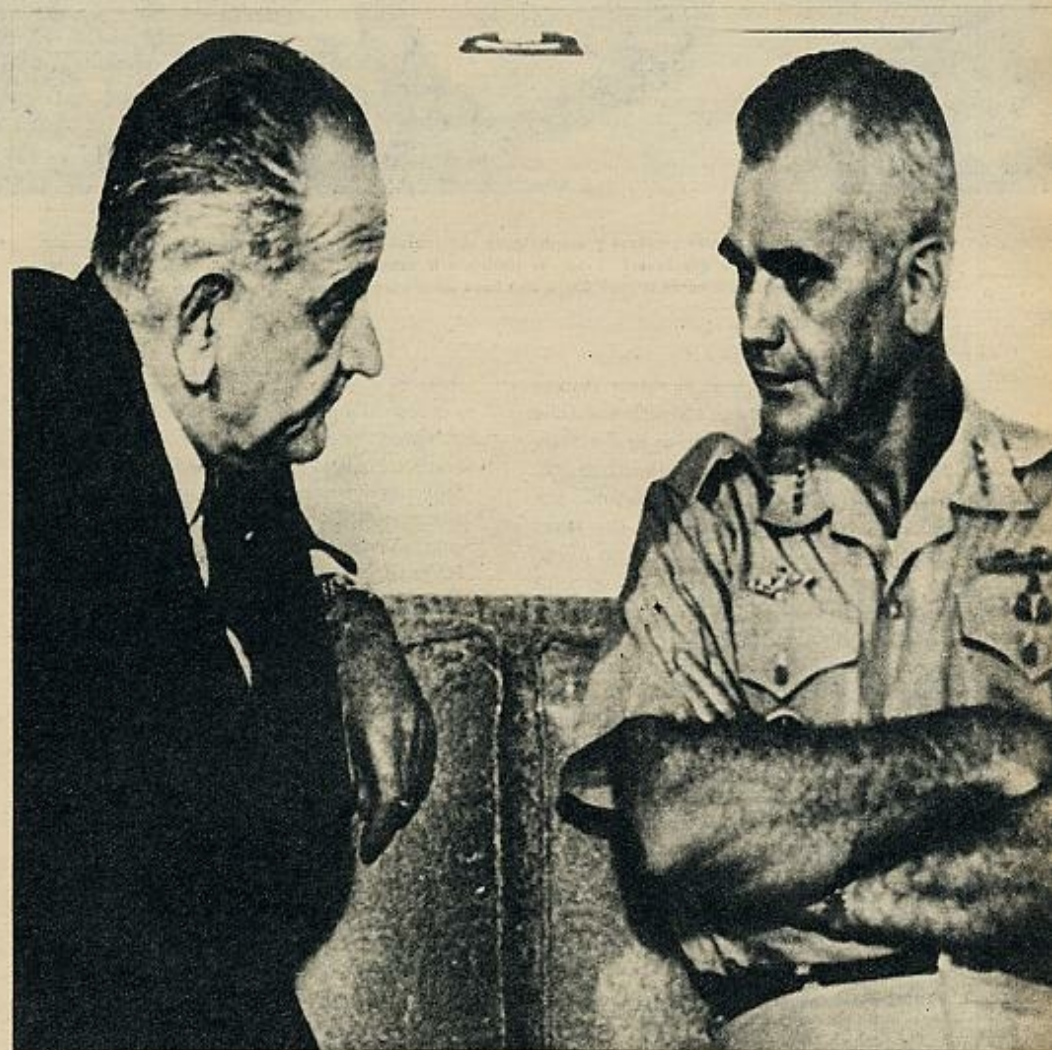
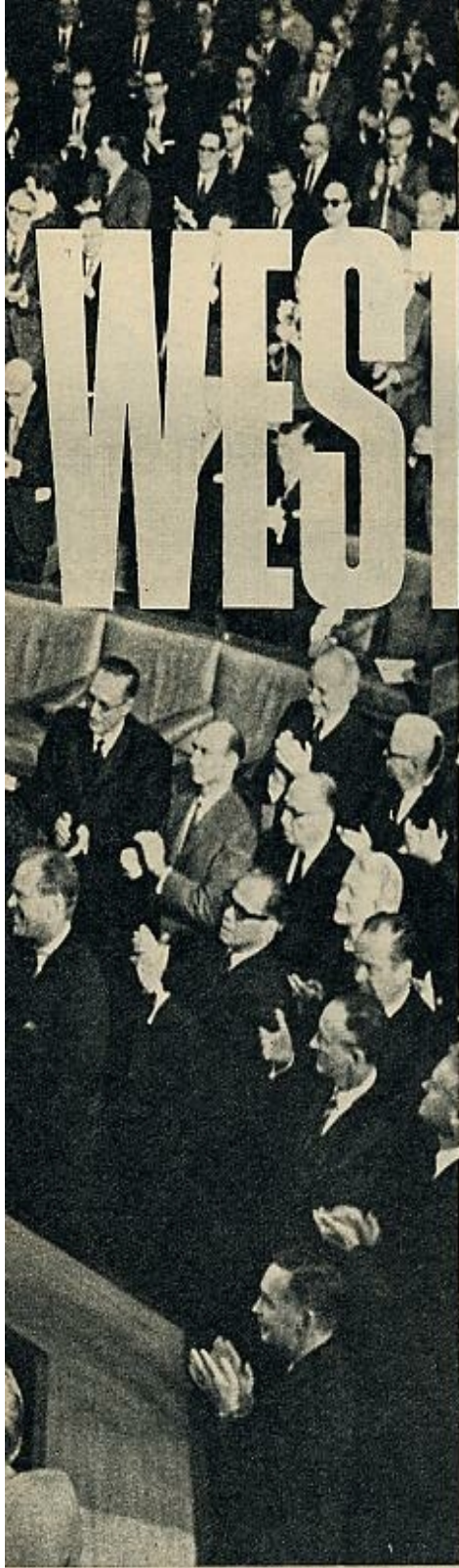
tados Unidos. A sus cincuenta y dos años, con su estatura de más de un metro noventa y su pasado de ex combatiente en Corea y en Italia, William C. Westmoreland es la figura en la que se centran los ojos del mundo, el hombre del riesgo calculado, a caballo entre las posturas de sus jefes jerárquicos directos —con el general Wheeler a la cabeza— y las de los hombres de McNamara; el hombre en quien el presidente Johnson, superando su desconfianza por los militares, ha creído verse mejor representado.

Candidato a la presidencia o no, Westmoreland es el típico hombre «presidenciable». Cuida su popularidad con inmenso celo, tan-

VENI, VIDI... ¿VICI?

WESTMORELAND

EL ULTIMO PROCONSUL



Fuerte del Sudeste asiático. El general Ky cuenta con él.

to en el seno de sus propias tropas como a escala internacional. La frase «Hay que destruir al Norte para vencer en el Sur», referida, naturalmente, al Vietnam, le fue atribuida durante mucho tiempo. El, sin embargo, la niega. «Nunca he dicho eso. La frase me ha sido atribuida por la propaganda comunista, y es falsa. He dicho, y lo confirmo, que es necesario seguir bombardeando los objetivos militares que existen en el Norte para impedir las infiltraciones y las ayudas que los comunistas envían al Sur». Y a la pregunta de cuáles son sus sentimientos hacia sus enemigos, formulada por un periodista de «L'Expresso», responde: «Como militares **SIGUE**

Johnson con Westy, durante su periplo asiático. ¿El presidente de hoy junto al presidente de mañana?



«No veo ninguna analogía entre nosotros y los antiguos romanos». Westy se considera algo así como un misionero, como el hombre que llevará la paz, la justicia y la democracia a un país que hasta ahora no la ha conocido: ¿Cuál es el camino de la paz? Abajo, una zona del Vietnam después de un bombardeo americano.

les respeto. Pero no tengo el menor respeto por la ideología de la que son víctimas. Odio el comunismo que está dentro de ellos. No tengo ningún respeto por su maquiavelismo político, militar y, sobre todo, propagandístico. Ellos se jactan de victorias falsas, dan falsas cifras para engañar a su pueblo. Si yo pierdo un pelotón lo digo, si pierdo una compañía lo digo. Yo digo la verdad. Ellos, no».

¿Dice, realmente, la verdad? ¿Era enteramente exacto el informe presentado ante el Congreso? ¿Es cierto que, como le gusta repetir incansablemente, Westmoreland es simplemente un militar, y no un político? Respecto a él, sobre todo desde su regreso de Estados Unidos, se ha hablado con insistencia de proconsulado, recordando la figura característica de la época de la dominación del mundo por Roma. Se ha remachado el hecho de que, salvadas las distancias y los adelantos de la técnica, los comandantes de las legiones romanas en las Galias, por ejemplo, no debían de ofrecer un aspecto muy diferente al que los americanos ofrecen a los vietnamitas. Westmoreland no acepta la comparación. «No veo ninguna analogía entre nosotros y los antiguos

romanos —dice—. Los romanos conquistaban y ocupaban militarmente las provincias; nuestra misión es exactamente la contraria, la de ayudar al pueblo vietnamita a elegir su propio futuro de libertad. Nosotros hemos sido invitados por el Gobierno vietnamita para salvaguardar la paz, no hemos venido por nuestra voluntad, y queremos irnos lo más rápidamente posible, apenas se pueda restablecer la paz y la libertad. En cuanto a nuestro comportamiento en este país, también es muy distinto del de los antiguos romanos en las provincias». Y en su apoyo saca un librito que todo soldado está obligado a llevar continuamente encima, en el que se especifican las nueve reglas que han de ser tenidas en cuenta sin desmayo.

Estas son las reglas: 1.—Recordad que somos invitados. No tenemos derecho a ningún trato especial. 2.—Unámonos al pueblo, intentemos usar las frases de su lengua, intentemos comprender su vida, respetemos las leyes y costumbres locales. 3.—Nuestras relaciones con las mujeres deben ser respetuosas. 4.—Estrechemos la amistad con los soldados y con el pueblo vietnamita. 5.—Cedamos el paso en la calle a los vietnamitas. 6.—Debemos estar



siempre dispuestos a actuar, usando nuestra habilidad militar, en defensa de la seguridad. 7.—No debemos hacernos notar por la mala educación, los rumores o la conducta anormal. 8.—Evitemos distinguirnos del pueblo con exhibiciones de riqueza. 9.—Recordemos, sobre todo, que formamos parte de las fuerzas armadas de los Estados Unidos, recordemos que cada uno de nosotros es responsable de su conducta, tanto pública como privada, y que esta conducta refleje nuestro honor y el de los Estados Unidos.

Hay que volverse a hacer, puesto que el general da en apoyo de sus teorías unas reglas que es sabido no se cumplen, las preguntas del párrafo anterior. Y darles respuesta.

Con todo, el general Westmoreland cree, o afirma creer, en la justicia de su causa. Es más, se considera algo así como un misionero, como el hombre gracias al cual la justicia y la paz, la democracia, tendrán acceso a un país que hasta ahora no las ha conocido. En este aspecto es tajante. «Hay que considerar lo ocurrido en Corea, en Filipinas, en Formosa. Son sólo ejemplos. En estos países existe hoy una democracia similar en todo a las occidentales. ¿Por qué no podemos lograr transplantarla aquí también? Los vietnamitas no desean el comunismo, a pesar de los largos años de guerra. De eso estoy convencido. Y nosotros estamos aquí por este motivo. Me considero un misionero de la libertad y considero como tales a todos los miembros de las fuerzas armadas que de mí dependen». En el fondo, para encontrar un precedente a la figura de Westmoreland no es, quizá, necesario remontarse hasta la guerra de las Galias. Los prócsules no terminaron allí. Hace sólo una veintena de años, y en coordenadas geográficas más similares a las en que se desenvuelve Westy, triunfaba el general McArthur.

Fotos: CIFRA, ZARDOYA y KEYSTONE.

WESTMORELAND



No tenemos derecho a ningún trato especial, dicen las normas del ejército. Pero la situación en Salgón es muy distinta. La inestabilidad hace que, de hecho, americanos y vietnamitas vivan profundamente separados.